

¿Aún hay esperanza?

Rebeca Elizabeth Contreras López*

FUKUYAMA, Francis, *La gran ruptura*, tr. Dorotea Pläcking, Atlántida, Madrid, 1999**

En este libro Francis Fukuyama realiza un estudio crítico de la evolución de los Estados industrializados, especialmente Estados Unidos y Gran Bretaña, que sustenta en un análisis histórico y datos estadísticos. Uno de los aspectos relevantes de la obra es su narrativa anecdótica que nos acerca a situaciones cotidianas.

Fukuyama sostiene que entre 1960 y 1990 se produjeron cambios notables en la mayor parte del mundo industrializado, con un serio deterioro de las condiciones sociales. Lo que denomina: *la gran ruptura*, respecto de los valores sociales que habían predominado en la sociedad industrial de mediados del siglo XX. Observa estos cambios en situaciones como la delincuencia y el desorden social. Afirma: “La delincuencia y los desórdenes sociales comenzaron a crecer en tal forma, que las grandes ciudades de los países más ricos del mundo se convirtieron en sitios prácticamente inhabitables”.

Sostiene que la ruptura del orden social se agudiza a través del progreso tecnológico. Parecería que la soledad del hombre moderno aumenta los vacíos y el desengranaje sociocultural. Sin embargo, su hipótesis es que actualmente este problema está decreciendo, que cada cierto tiempo se producen grandes rupturas de los órdenes sociales y que, de alguna manera, ese orden se reconstituye. Esa es una de sus búsquedas, tratar de entender cómo se logra esa reestructuración del orden social.

Afirma que a fines del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX se vivió un marcado incremento de la decadencia moral en Estados Unidos y Gran Bretaña, las tasas de delincuencia aumentaron, la agresividad y el desorden social eran evidentes; sin embargo, este problema que se había vuelto endémico está decreciendo. Aunque parecería que el capital social se encuentra en constante agotamiento, sus reservas también aumentan en ciertos períodos históricos.

El científico político Ted Robert Gurr estima que en Inglaterra, las tasas de homicidio fueron más altas en el siglo XIII que en el siglo XVII, tres veces más altas en el siglo XVII que en el XIX y, en Londres, a principios del siglo XIX, dos veces más altas que en la década de 1970. Tanto los conservadores que denuncian la decadencia moral, como los liberales que celebran el incremento de las

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Veracruzana y miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

** Todas las citas son tomadas de esta obra, sólo se consigna la página.

opciones individuales, suelen hablar como si hubiese habido un proceso ininterrumpido de alejamiento de los valores puritanos, desde principios del siglo XVII hasta el presente (p.340).

Sin embargo, Fukuyama observa que pese al incremento del individualismo, las sociedades han sido capaces de incrementar el grado de restricción a las opciones personales, a través de normas morales. Lo que habría que preguntarnos es si esos datos sobre homicidio, por ejemplo, nos pueden conducir a esta conclusión, ya que son varios los aspectos que debemos reflexionar: primero, la criminalidad desde el siglo XIII hasta la fecha ha cambiado sustancialmente en cuanto a sus diferentes modalidades y circunstancias, ya no podemos suponer que el homicidio sea representativo de toda la criminalidad, ahora hay más delitos patrimoniales e internacionales, por ejemplo, que antes no se conocían. Segundo, las estadísticas criminales han aparecido y cada vez son más eficientes y sofisticadas, en el siglo XIII y algunos más no existían registros confiables de criminalidad. Tercero, hay que considerar el intercambio instantáneo de comunicación que se vive en la actualidad, ello me sugiere que un homicidio en Londres, aunque no sea parte de las estadísticas de otro país, impacta igualmente al resto del mundo. Cuarto, los niveles de cifra negra e impunidad de la delincuencia tendrían que considerarse en cada momento histórico. Fukuyama utiliza otros indicativos y no sólo el de la criminalidad, por ello es un libro que debe leerse.

Al preguntarse de dónde vienen las normas, señala que evidentemente muchas de ellas se generan en forma jerárquica, formal, de arriba hacia abajo; pero que también existen las que se generan espontáneamente por la interacción informal de los individuos. Para ejemplificar este fenómeno narra lo que sucede en Washington con los *slugs*; que se originaron cuando en 1973 el gobierno declaró a los carriles de la izquierda de la autopista interestatal 95 como carriles de alta ocupación, lo que significa que para utilizarlos cada vehículo debe llevar por lo menos tres pasajeros. Al utilizar este carril, los habitantes de los suburbios se ahorran por lo menos 40 minutos de viaje. Desde entonces:

... durante las horas pico del tránsito matutino, se forma una compacta fila de personas. Un automóvil se detiene en la esquina y dos o tres personas de la fila –a ninguno de los cuales el conductor conoce– ascienden al vehículo para dirigirse, rumbo al norte, hacia el centro de Washington. Por las tardes, el mismo ritual se produce a la inversa: automóviles cargados de personas desconocidas entre sí, regresan del centro de Washington y dejan a sus pasajeros en esa misma esquina, los cuales suben a sus propios vehículos y vuelven a sus casas (p. 193).

Lo interesante de este fenómeno es que no existe desconfianza entre ellos, se autodefinen como tranquilos burócratas a los que no hay que temer, y efectivamente, los índices delictivos son mínimos; por otra parte, aunque son desconocidos jamás se dejan solos en las esquinas. Es decir, existen reglas no escritas que todos cumplen sin problema y sin intervención gubernamental.

A partir de aquí, Fukuyama presenta un gráfico del universo de las normas que resulta en cuatro cuadrantes. Así, existen normas generadas jerárquicamente hasta llegar a las generadas espontáneamente y a este continuo (que va de izquierda a derecha) se superpone otro de arriba hacia abajo, que se refiere a las normas que son producto de la elección racional hasta llegar a las heredadas socialmente y, en su origen, no racionales. Y hace la aclaración, muy pertinente, de que “racional” se refiere

“sólo al hecho de que se debaten y comparan conscientemente y por anticipado normas alternativas” (p.198).

Es importante considerar que no es posible que una persona adopte normas racionales en todos los momentos de su vida, ya que existen momentos o situaciones en que ello no es posible. A partir de esto son muchas las explicaciones que se sugieren respecto a cómo incorporamos las normas a nuestra vida cotidiana. Algunos afirman que nacemos altamente socializados y con el afán de cooperar unos con otros; hay quienes dicen que llegamos al mundo como individuos aislados con preferencias y deseos egoístas y que si cooperamos con otros es porque ello resulta acorde a nuestros intereses.

Ahora bien, ello no impide considerar que podemos encontrar los diferentes tipos de normas que advierte Fukuyama:

... las normas relacionadas con el *slugging* (...) corresponden al cuadrante racional, de generación espontánea. Las normas evolucionan en forma descentralizada pero lo hacen, probablemente, al cabo de un cierto tiempo de discusión y un proceso de prueba y error por parte de los participantes. La ley formal, sea la promulgada por dictaduras o por las democracias, corresponde al cuadrante racional jerárquico, al igual que la redacción de una constitución, la ingeniería social y todos los demás esfuerzos emprendidos desde lo alto del poder para guiar a las comunidades. Por otra parte, el derecho consuetudinario (tácito) es generado como las normas de los *slugs*, en forma espontánea y racional. La religión revelada en forma organizada, proviene por lo general de una fuente jerárquica –de hecho, de la autoridad jerárquica máxima: Dios–, y las normas que dicta la misma no se adoptan a través de un debate racional (p. 204).

En las reflexiones del autor respecto a cuál será el camino que en el futuro seguirá el orden social; encontramos dos temas diferentes: por un lado, cómo se crean las normas y, por otro, cómo evolucionan las normas una vez creadas. Dos situaciones que tienen respuesta desde las diferentes disciplinas científicas de formas variadas. Un enfoque interesante para la ciencia jurídica es establecer si las leyes formales ¿codifican prácticas sociales existentes o determinan un rol que modela la moralidad? Me parece que esto hay que responderlo en un contexto histórico y social específico, seleccionando normas diversas, ya que no se puede englobar a todas en un único análisis.

Otro de los aspectos que llaman mi atención es la referencia a lo que Garrett Hardin denominaba la *tragedia de los bienes comunitarios*, en donde encontramos recursos comunes que pueden ser disfrutados por un grupo de personas, no importa cuál hubiera sido el esfuerzo individual invertido para crearlos o mantenerlos; algunos cooperan y contribuyen a mantenerlos, otros, simplemente parasitan y se aprovechan de ellos. Estos últimos son tema de interés para sociólogos y economistas, ya que lo consideran un elemento clave para resolver el problema de los orígenes de la cooperación humana.

En el libro se plantean diversas interrogantes, que el autor responde desde su propia perspectiva, pero que resultan campo fecundo para muchas reflexiones. Así, al plantear qué viene después, nos dice:

¿Estamos condenados a caer a niveles de desorden social y moral cada vez mayores, o hay motivos para esperar que la ruptura sea sólo una condición temporaria y que los Estados Unidos y otras sociedades que la han vivido se

recuperarán y volverán a establecer nuevas normas? Y en el caso de que estas nuevas normas se establezcan, ¿qué forma adoptarán? ¿Sucederá en forma espontánea o necesitará de la intervención gubernamental mediante políticas públicas? ¿O tendremos que esperar que algún tipo de renacimiento religioso imprevisible y, muy probablemente, incontrolable restaure los valores sociales? (p.339).

Como ya se dijo, para Fukuyama esa gran ruptura no es el final, sino parte de un proceso que, en algún momento, empieza a revertirse. Buena parte del libro, la dedica a justificar esta hipótesis que apuesta por la renovación moral de las sociedades. Afirma, asimismo que el orden social no se reconstituirá únicamente con la interacción descentralizada de individuos y comunidades, también se requiere la intervención de políticas públicas para crear un orden social. En este sentido, destacan dos aspectos trascendentes: seguridad y educación. En el libro se anota un dato interesante, en Nueva York la “... disposición de políticos como el alcalde (...) Rudolph Giuliani, de recuperar las áreas urbanas para la clase media en lugar de encauzar sus esfuerzos en hacer cada vez más sitio para los miembros marginales de la sociedad echó los cimientos de una reconstrucción del capital social” (p.353). Y es interesante porque esa numerosa clase media, en muchos lugares resulta ignorada, es la que trabaja y, en términos generales, “no da problemas” pero también resulta la más desprotegida. Me parece que aquí hay una clave para empezar a trabajar en este problema.

La religión y la política parecen ser los dos grandes bastiones para lograr una reconstrucción; la primera, tornándose más flexible y descentralizada como un proceso de enseñanza de valores a las futuras generaciones. La segunda, con principios éticos universales apoyados en el reconocimiento a la dignidad humana y el respeto a la diferencia. Hay dos problemas que ahora nos aquejan sin parar: la defensa casi fundamentalista del multiculturalismo, que no se limita a la tolerancia de la diversidad cultural, sino a la exaltación de minorías étnicas y religiosas; y, el cambio tecnológico incesante que a cada momento, cambia el orden y la estructura social. Sin duda, estos dos aspectos explican muchos de los fenómenos que son analizados en esta obra.

Con evidente optimismo, Fukuyama afirma, “Nuestra esperanza se cifra en la gran capacidad de la naturaleza humana para reconstruir el orden social” (p.363). Y por eso en el título me pregunto si aún hay esperanza, la respuesta es que sí. Siempre hay esperanza, sólo que entre más tardemos en ocupar nuestro lugar más lejano será el orden que estamos buscando.